



**Marcelino Menéndez y Pelayo**

**A Lidia**

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

## Marcelino Menéndez y Pelayo

### A Lidia

Almas afines hay; bésalas Jove,  
Y las manda a la tierra con el sello  
De divina hermandad. Si no se encuentran,  
Largo gemido y sempiterno lloro  
Es su vida mortal. De vanos sueños  
Se enamoran tal vez; el aire abrazan,  
Y entre el error y la esperanza viven.  
Una forma, una línea o un sonido  
Les trae el eco de su dulce hermana,  
Sombra falaz que sujetar ansían,  
Y que cual humo leve desaparece  
En la nocturna lobreguez. La idea  
Del vago bien, la forma no encarnada,  
Místico amor, reminiscencia acaso,  
Vive inmortal en la memoria suya,  
Y es tormento no más. Al rudo soplo  
Muere extinta la llama creadora,  
O a sí propia se abrasa. Desfallece  
La inspiración; cual Tántalo sediento,  
El alma anhela las eternas aguas,  
Que huyen del seco labio burladoras,  
O quiere, como Sísifo, en la cumbre  
Parar la piedra que hasta el fondo rueda.  
¡Vano anhelar! la trama de su vida  
Nadie logra romper; nadie separa  
Los negros hilos de las blancas hebras.

¡Y qué blancas tal vez, si encuentra el alma  
Su inmortal, peregrina compañera,  
Eco perdido de su voz, reflejo  
De su hondo pensamiento enamorado,  
Que en ella se depura y enaltece,

Y medra en esplendor y en hermosura,  
Y comprende en altísima manera  
La cifra de lo hermoso y lo perfecto!  
Entonces, a la lucha de la vida  
Firme desciende el vigoroso atleta,  
Y ni el rumor de populares armas,  
Ni la faz del tirano, ni las olas  
Del velívolo mar, ni el duro ceño  
De la rígida ciencia le intimidan.  
Lo que antes era mármol, blanda cera  
Bajo sus manos es, y le obedece  
Cual dócil sierva la palabra; rinde  
La materia a sus pies, domeña el mundo,  
Y es rayo en la tribuna y en las lides,  
O circunda su frente vencedora  
El lauro de las hijas del Permeso.

Bañarse en la corriente de la vida,  
La tela trabajar del pensamiento,  
Cuando hay un alma que a la nuestra sigue  
Y con nosotros el bordado trama,  
Hilos de amor mezclando a la madeja;  
Arrancar de sus labios tembladores  
La frase a medio hacer, envuelta en risa;  
Aprender en la lumbre de sus ojos  
Lo que nunca en las áridas escuelas,  
Altísima de amor filosofía;  
Y en su gallardo cuerpo ver cifrados  
La luz, el movimiento, la elegancia,  
La quintaesencia del arcano ritmo,  
Es gozar y es vivir. (10)

¡Oh, cuántas veces  
La triste maga de los montes míos,  
La de cerúleos, penetrantes ojos,  
Me trajo en el arrullo de la brisa,  
O en el clamor de mi natal ribera,  
Su peregrina voz! ¡Cuántas su forma  
Vi dibujarse en el tendido cielo,  
O surgir de las ondas inclementes  
De nuestro mar, en moribunda tarde!  
¿Era la antigua helénica sirena,  
Del golfo siciliano desterrada,  
Para amansar con dóricos cantares  
Al britano argonauta? Yo sentía  
Gigante anhelo por asir la diosa,  
Cual a Juno Ixión; mas, como Juno,  
Siempre la diosa en nube se tornaba.  
Y un sueño la juzgué, mas no era sueño;  
Que en otras playas, en región distante,

Su huella descubrí, y en la alta noche  
La vi pasar ceñida de hermosura,  
Bajo el sereno azul partenopeo,  
O en las báltavas nieblas reclinada.  
Ella encantó mis solitarias horas  
De escolar vagabundo. Ora la encuentro,  
Y no velada en misterioso enigma,  
Mas plástica y radiante. Eres aquella  
Que yo soñé, dulcísima señora,  
Risa perpetua, omnipotente gracia;  
Es de diosa tu andar, mora en tus labios  
La grata persuasión, rige tu mente  
La Urania Venus con lazada suave  
De inmortal secretísima armonía,  
Que rica por tus miembros se difunde.  
No fue tan grácil la veloz Camila,  
Sobre intactas espigas revolando;  
Y el lauro del ingenio te otorgara  
La misma de Sinesio profesora,  
Decoro y flor y luz de Alejandría.

No rondaré sin tregua tus umbrales,  
Haciendo resonar en tus oídos  
El ya enojoso, por cantado a tantas,  
Himno de amor. En el misterio vive  
Y del profano vulgo se recata  
Este mi oculto deleitoso fuego.  
Ayúdame a crecer; nunca los ojos  
Que tan alto tesoro ávidos celan,  
Sorprenderán mi amor en mi semblante,  
Ni juntaré mi voz a la alabanza  
Que de ti en torno sin cesar resuena;  
Y me verás indiferente, mudo,  
Reprimiendo la férvida palabra  
Que de mis labios escaparse quiere.  
Mas ¡cuántas cosas te diré al oído,  
Si quieres escucharme sin enojos!  
Escúchame, señora, que es mi alma,  
Si tormentosa como el mar bravío  
Que de mi cuna los peñascos bate,  
Dura y tenaz y firme y resistente  
Cual la honda raíz de mis montañas;  
Y ni el recio huracán de tus desdenes  
Podrá abatir el generoso tronco  
De esta pasión que crece y se agiganta,  
Firme como el Titán en su caída.  
Puede el cierzo doblar el leve mirto,  
Y de su pompa y su verdor privarle;  
Mas al roble, monarca de las selvas,  
Sólo el rayo del cielo le derriba,

Sólo en lid secular le doma el tiempo.  
Madrid, marzo de 1880.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

